

ya sobre la ensangrentada roca Tarpeya, cuando del norte de Europa y del Asia se ven llegar, como hinchadas olas de un mar precipitado, cien pueblos que corren hasta el pie del Capitolio á repartirse los restos separados de la carcomida antigüedad.

Los francos, hombres libres, vencedores de los legionarios y de los galos, de los alemanes y de los visigodos, extendieron su dominacion desde los altos Pirineos hasta las orillas fértiles del Rin; y el héroe de Tolbiac plantó en las selvas ya despobladas de los Druidas una cruz y el gran porvenir de la Francia.

Lossajones, hábiles y terribles piratas, precedieron á los anglos en la isla de Thanet; y ambos, unidos á los invencibles montañeses de Caledonia, los pictos y los escotos, embistieron por todas partes á los bretones, desamparados por Honorio el último de los Césares; y arrojándolos á la nebulosa Cambria, hoy tierra de Gales, fundaron la gran nacion Británica, cuya ilustre juventud sonrió de esperanza con las glorias científicas y literarias de los misioneros Teodoro y Adriano, de Beda el venerable y del poeta Anselmo, del ilustre Alcuino y de Alfredo el rey heróico.

Después de haberse derramado sobre las provincias del imperio romano, donde formáran nuevas naciones con los pueblos vencidos, la Germania se vió ella misma dominada por los francos, sus hijos. Pero, á la muerte de Carlomagno, sus numerosas tribus se agruparán bajo una misma y nacional bandera, y su rey llevará por privilegio el título de Emperador de Alemania y de Protector de la Cristiandad, altamente esclarecido por la poderosa dinastía del gran Othon.

A los vándalos y á los godos sucedieron en España los formidables árabes, cuya espléndida ilustracion en las ciencias, artes y buen gusto embelleció los reinos de Córdoba, de Granada, y la deliciosa Andalucía. Mas los fieros españoles, arrojados á las Asturias, juraron su exterminio; y después de un civismo sin igual de siete siglos, los estandartes de Castilla sombreaban las magestuosas ruinas del esclarecido Musulman.

Los lombardos, última ola de Bárbaros, llamados á Italia por la venganza de Narsés, se la repartieron en treinta ducados á la muerte de su rey Alboin. ¡Así espiró la noble patria de los fabricios! Pero Roma, pasando del Capitolio al Vaticano, pesará aun sobre el mundo en los multiplicados siglos que se sucedieran entre Constantino y el tercer Napoleon.

El tiempo, cual hábil artista que en el discurso de una grande obra descansa por momentos para meditar nuevas perfecciones, se sentó un instante sobre las ruinas de imponente mole, de carácter grave y religioso, esparcidas sobre las márgenes silenciosas del Tiber. En esa pausa, y con profunda meditacion, produjo á San Agustin, Alberto el grande, Gregorio el grande, Alfredo el grande y á Carlomagno; y despertado por el cortés batallar de los torneos, se para y torna con nuevas fuerzas y proyectos nuevos á la obra de los siglos.

### La Caballeria.

Luego que la primera agitacion, el choque tumultuoso de pretensiones encontradas y de encontrados intereses hubo calmado, mas seguros ya de su existencia nacional, los nuevos pueblos trataron de substituir á la razon del mas fuerte la fuerza de la razon; pero, como el sano juicio no suele ser dote de la juventud, enemiga siempre de la sombría austeridad de las leyes, ocurrióseles á los esclarecidos institutores de esas naciones juveniles la graciosa orden de la Caballería, con el objeto infalible de inspirarles inclinaciones á la virtud por el mismo aliciente de sus guerreras inclinaciones.

El aspirante á las insignias de Caballero debia dar principio por una educacion robusta y varonil como Page ó Doncel cerca de algun baron afamado por sus gloriosas proezas. En seguida era conducido al altar con un cirio en la mano para practicar ciertas ceremonias pias; y de allí salia armado Escudero, y se ponía al servicio de algun hazafioso paladin, que le concedia la gracia de hacer

algun paso de armas en los torneos, escuela sin par de cortés valentía. Llevada á feliz remate esta segunda prueba, se preparaba á ingresar en la distinguida Orden con oraciones á San Jorge; ayunaba y comulgaba solemnemente, despues de haber tomado *el baño de cortesía*, simbolo de pureza; hacia debidamente *la velada de las armas*; se encaminaba al templo, colgada la espada del cuello con una banda que le donára la dama de sus pensamientos; y allí, rodeado de Caballeros de renombre y de fieles escuderos, de rosadas damiselas y de su señor feudal, hacia el voto solemne de ser fiel á Dios, á su patria y á su dama, cortés y esforzado; de libertar la inocencia, hollar la tiranía, humillar la soberbia, amparar á los desvalidos, vengar la virtud ultrajada y de batallar en todo esto con denuedo.

Cumplidas con lealtad todas esas condiciones, era armado Caballero por clorindas hechiceras: traíanle su bridon; lo montaba de un brinco y sin servirse del estribo; caracoleaba un momento esgrimiendo su espada, y en seguida salia en demanda de aventuras.

Ganoso de acreditar honor y valentía, el ínclito Caballero ha jurado no probar el hipocrás hasta no haber enarbolado el primero sobre los baluartes del enemigo su escuzon, simbólico en que está pintado el estado de su corazon; y si sale airoso de su empresa, será proclamado el amor de las hermosas.

Si al pasar por umbríos valles oye salir de un convento, de una ermita ó de la cueva de alguna roca misteriosa algun grito de Damisela, ¡Ay de Caco infeliz! ¡Ay del raptor Centauro! La encantadora es salvada, y Brandimarte jovial es cantado por los bardos como el mas digno de Florina.

Tal vez el imponderable Dugeselin tropiece en sus lenguas correrías con algun afamado justador, con algun Tancredo; y sin mas, los dos valerosos adalides, avarientos de renombre y de loor, miden y rompen sus formidables lanzas; y despues, humilde por su cuenta, cada uno de los dos va á cantar las proezas de su rival.

Ya el cuerno marcial de nuestro afamado Caballero anuncia su gloriosa vuelta al castillo de su señor: Las tres cercas, los tres fosos y los tres puentes levadizos se coronan de agradecidas damas que corren á quitarle las doradas espuelas, á servirle vinos generosos, y á llevarle al baño de aguas odoríferas.

La relacion sincera de sus airosas aventuras circula presto en todo el lugar, avivando la memoria de otras mil de no menos nombradía; y los juglares, inspirados en *la Gaya ciencia*, trovan como Amadeo de Saboya, Godofredo de Normandía y Guillermo de Provenza dieron cima á sus encumbradas empresas, dignas de Rolando; y como el rey Ricardo, Balduino y el bueno de Joinville se persignaban tres veces al pasar delante del castillo de alguna condesa ó baronesa de livianas costumbres, sintiendo en el alma no fuese un porta-lanza para retarle sin demora; mientras que al acercarse á los torreones de alguna dama de buen renombre tocaban del cuerno, anunciando que solicitaban la merced de irla á galantear.

Anselmo y Abelardo, el Dante y Petrarca, sensibles y armoniosos trovadores, cantaron el desinterés, los elegantes modales, los afectos puros y delicados, la inviolabilidad de la palabra y la amable galantería de los campeones insignes de torneos, y de mas de un airoso Adalid que no por ser hidalgo portára espuelas doradas y escuzon, sino por su saber, virtud y valentía, prendas suficientes para ascender al rango distinguido de Caballero.—

Cansado del crudo guerrear de los primeros siglos de nuestra Era, he tenido que montar el bridon ajáezado de la fogosa caballería para atravesar el tumulto de la Edad Media, en que la Europa se agitó para fundar sólidamente nuestro rico patrimonio. Pero ya, merced á la *Amorosa Institucion* que consolidó, á fuerza de estocadas, las leyes protectoras de la inocencia, el siglo XV no necesitó ocurrir al brazo fuerte del paladin para amparar al débil oprimido.

Por otra parte, luego que la caballería hubo perdido á Bayardo, *el Caballero sin miedo y sin mancilla*, se hizo

acreedora con desmanes ridículos á la sátira divertida de Cervantes, que la hizo expirar bajo la mirada austera de la razón. Pero, he oído tan buenas cosas en el canto del Trovador, que me es grato devolverle la protección que me ha impartido en mi largo camino de mil años.

Enhorabuena que el diestro autor del Don Quijote censurara los abusos de los caballeros; mas, paréceme justo que se les tributara también un recuerdo de gratitud por los bienes incuestionables que hicieron á la humanidad.

Esos pueblos, salidos ayer de sus selvas germánicas, donde no respetaban otra autoridad mas que el impulso natural de sus libres inclinaciones, hubieran hecho pedazos la férula severa y precipitada del Lictor, rebelándose contra el estado social que se les quería hacer amar: y la ingeniosa caballería, prescribiendo reglas de cortesía y de noble generosidad á las estocadas del justador, embotó el filo fratricida con el mismo aliciente de batallar.

Acostumbrados á frecuentes correrías, hubiera sido temeridad obligarlos súbita é imperiosamente á la vida sedentaria: y la prudente caballería dirigió su inquieta actividad á la destrucción de monstruos y encantadores, digo de los malvados opresores y raptos crueles de la ajena propiedad.

Las malas costumbres de las mugeres eran también entonces el gusano roedor del orden social: y los bardos suspiraban dulcemente con la tímida doncella que eclipsa las rosas de la aurora, si su mirar encuentra el tierno mirar de su amante Trovador.

Y así, el hacha destructora fué vencida por sí misma; y al estallido de las rompidas astas despertaron los sentimientos de equidad, de justicia y de casto amor.

Entretanto los campos se cubrían de ricas mieses; el comercio seguía á los caballeros que recorrían toda la Europa en demanda de proezas; los idiomas se pulían con la elegancia de las costumbres *caballerescas*; la unión del fuerte con el débil, prescrita en las *fórmulas preparatorias*, destruyó la esclavitud y la clasificación de castas, oprobio del paganismo.—

En mi tránsito por la antigüedad me ví precisado á pasar de uno á otro pueblo, con precaución y sin demora, temeroso de ser sepultado entre ruinas por la ley cruel, que regia su destino, de avasallar para no ser esclavos, de destruir para mandar. Y ahora, la unidad de creencias, las prácticas exteriores del culto universal, y los sentimientos dulces y pacíficos de la Ley de Gracia establecen relaciones fraternales y mutuas simpatías entre todos los pueblos del gran mundo cristiano; los conocimientos y las mejoras del uno se hacen el patrimonio de todos, y todos tienen el mismo derecho, la misma facilidad de vivir y de ser felices, asegurada su existencia por ese principio indestructible de equilibrio internacional.

Ví á los chinos y á otros pueblos antiguos dejar perecer, marchitos en gérmen, grandiosos descubrimientos, ya para que no aprovecharan á sus vecinos, ya porque no conocían su utilidad. Y ahora la importante aplicación de la brújula, de la pólvora y de la imprenta, de los guarismos arábigos, de las armas de fuego y del álgebra á la geometría, glorias de la Edad Media, señala los escollos al piloto, y surca los mares de derroteros fáciles y seguros por donde se acercan, se comunican los pueblos mas distantes; disminuye los horrores de la guerra menos sangrienta y menos destructora, que cuando se hacia cuerpo á cuerpo con arma blanca; agranda el círculo de nuestros conocimientos haciéndonos participar de las luces de los mas insignes pensadores, cuyas producciones descienden hasta las últimas clases, destruyendo el monopolio de la inteligencia; alivia las fatigas de las operaciones numéricas por medio de la sencilla combinación decimal; y en fin, las ciencias que tratan de las dimensiones y de las propiedades de la extensión deben el alto rango que ocupan entre las ciencias exactas al análisis algebraico, instrumento luminoso que conduce á la invención.

Así iba mejorando en la Edad Media nuestra condición, pobre y envilecida en las masas de la antigüedad; y ya en el siglo XV nuestro liberal compatriota Felipe Pot pudo decir, en los Estados generales, á los prínci-

pes y á la nobleza: los asuntos públicos son los asuntos del pueblo, es decir, de todos los miembros de la sociedad: el pueblo confia sus asuntos al rey para que los administre bien, so pena de restituirlos, y quien los tuviera de otra manera, seria reputado por tirano y usurpador del bien ageno; la denominacion de pueblo comprende tanto á la nobleza como al populacho; y como que son iguales ante Dios y nuestra naturaleza, deben haberse con mutuas consideraciones y caridad.—

La caridad era palabra desconocida á ese Paulo Emilio que vendió en Roma, cual se venden los brutos en nuestros ganaderos, á ciento cincuenta mil hombres de Epiro, por solo el crimen de no haber podido sacrificarle á la independencia de su patria.

Tambien era desconocida á César, sagaz y valiente guerrero, sabio historiador y diestro político, es cierto, pero mal ciudadano y hombre insensible, que vendió en pública almoneda á cincuenta y tres mil infelices de Namur, para dar á sus soldados los medios de ir á contemplar en el feroz espectáculo del *circo* los trozos ensangrentados de los esclavos entregados á los leones.

Qué, llamaré *sabia* á esa antigüedad en que las tres cuartas partes de los hombres estaban condenados, por la ley cruel de esclavitud, al embrutecimiento intelectual y moral, y á vivir sin religion, sin afecciones, sin legítima descendencia!

Perdonémos á los entusiastas del *heroísmo* y de las Eglogas que no comprenden. Pero ruegoles que concedan un recuerdo de gratitud á la Edad Media por los numerosos y benéficos descubrimientos que nos ha transmitido, y por haber restringido, en su último siglo, el número y valor de los títulos de nacimiento y de otros privilegios inmorales, para levantar de su abatimiento á la clase mas numerosa y útil de la sociedad; lo mismo que el sol ha dejado sepultado bajo de eternas nieves el pequeño círculo polar que antes favoreciera, para hacer brotar en la grande extension de la tierra flores y frutos, contento y felicidad.

Las leyes que gobiernan la naturaleza son las leyes de Dios: y seguramente que el ser libre por privilegio, el hombre, no podria hacer cosa mejor en su gobierno que imitar la naturaleza. Si, el interes general ó de todos debe anteponerse al interes particular ó de algunos: y el siglo XV, siglo de transicion entre la edad media y la edad moderna, declinaba ya á su fin, cuando la muerte de Carlos el Temerario y el anonadamiento de los demas grandes vasallos de Francia por la activa sagacidad de Luis XI; la ruina de los soberbios feudatarios de Inglaterra en las disensiones anárquicas de la *rosa blanca y de la rosa encarnada*; la unidad del reino de España en la última brecha de Córdoba, y la reduccion á diez *círculos* de las cien fracciones de la Alemania, y la prohibicion del desafío en la dieta Worms, derribaron á un tiempo los orgullosos castillos del mundo feudal.

## Edad Moderna.

### SIGLO XVI.

Luego que la artillería, arma del pueblo, hubo restablecido la igualdad en los campos de batalla haciendo pedazos la coraza germánica, que habia asegurado á los ricos feudatarios una superioridad de diez siglos sobre los ciudadanos sin fortuna, y que la imprenta hubo popularizado las ciencias, los tiempos modernos se asomaron, fecundos de juventud y de vida; y la Europa, desembarazada de la armadura de hierro que habia oprimido su libertad, y del tren pesado de argumentos y de sofismas de la obscura y tardía escuela gótica, se reviste de las gracias de la infancia, toma un carácter activo, radical é innovador, y se lanza al porvenir sobre el genio de la invencion y de los grandes descubrimientos.

El ilustre Bacon y Montaigne substituyen su profunda filosofía á la vieja autoridad de Aristóteles, carácter peculiar de la edad media; Copérnico derriba á Tolomeo con su sistema planetario; Napier inventa los *logaritmos*;